

Comentarios

La política como espectáculo

Hemos tenido en el país abundantes ejemplos de actitudes maquiavélicas en el quehacer político, en las que *la ética* era sacrificada en función de determinadas metas, según la antigua consigna de que "el fin justifica los medios", por perversos que éstos sean, o la concepción del viejo teórico florentino de que la política no es más que *una técnica*. Algunos han tratado de justificar ese desprecio por los valores, que deberían inspirar todo compromiso político, interpretándolo —bastante cínicamente, por cierto— como una muestra de que El Salvador se ha ubicado por fin en la *modernidad*. Pues bien, no nos parece motivo de euforia ni de regocijo haber llegado a "ser modernos", si esto lo que significa es profesionalizar la política, sustraerla a la comprensión del común de los ciudadanos y concebirla como una esfera aparte, como el privilegio de unos cuantos escogidos, que prácticamente se consideran por encima del bien y del mal. Toda esa palabrería actual sobre "la clase política" no hace sino encubrir, con el lenguaje de la modernidad, "la clase de política" y "la clase de políticos" que hoy por hoy nos toca seguir aguantando.

Los males que padecemos no solamente provienen de esta falsa "modernidad"; tal pareciera que ya estamos sobrepasándola, pero en un sentido equívoco. Nos referimos a ciertos rasgos de la mal llamada *postmodernidad*, que en absoluto suponen una superación, por más que se presentan contrapuestos a "lo moderno". Así, por ejemplo, ya no se trata tanto de mostrar unos motivos, pero

actuar en base a otros, o de aparentar unos valores, cuando se obra en contradicción con ellos. Ahora se tiende a postular, llanamente, que la política es ajena a tales consideraciones y que se debe guiar directamente por el interés, por el cálculo, por el pragmatismo de los resultados. Tampoco son ya lo conspirativo y lo secreto los rasgos que priman, aunque sigan estando presentes, sino el escándalo, la "denuncia", el *boom* noticioso, las "revelaciones". De este modo, sin haber agotado ni superado la tal "modernidad", nos hallamos de un solo en plena "postmodernidad". De un lado, *la razón de Estado* sigue pretendiendo imponerse por encima de la sociedad; del otro, la política ha devenido pura y simplemente en *un espectáculo*, apto para el consumo de las masas. Sigue presente la concepción de *la política como una técnica*, al mismo tiempo que ya se nos vende la idea de *la política como producto de consumo*.

En ese marco cabe interpretar varios de los hechos políticos que se han sucedido precipitadamente en el país en el breve lapso de muy pocas semanas. Uno de los más llamativos, sin duda, ha sido el protagonizado por Joaquín Villalobos, ex comandante del FMLN y dirigente de la Expresión Renovadora del Pueblo. Sus acusaciones de que Orlando de Sola habría financiado a escuadrones de la muerte le valieron su detención provisional como sospechoso del delito de difamación, resolución judicial que decidió acatar, sin acogerse a la

posibilidad de retractarse de sus declaraciones o de pagar una fianza hasta que se ventilase el juicio. Su insólita decisión de presentarse voluntariamente en la Policía Nacional ha originado los más variados comentarios. Ello motivó, por ejemplo, al grupo de teatro *Sol del Río* a improvisar sobre el texto de su actuación, el comentario siguiente: "Ya no hay quien entienda la política; antes el gobierno perseguía a los subversivos, ahora son ellos mismos los que se van a entregar". La ocurrencia fue acogida con risas y aplausos por el público, lo que corrobora que en la *percepción colectiva*, el gesto del mentado político, pretendidamente dramático, es visto como poco serio y hasta jocoso.

La anécdota sirve para ilustrar una tendencia general en la política actual salvadoreña: ésta atraviesa muy fácilmente la estrecha línea que separa la *tragedia* de la *farsa*. Durante tal vez demasiado tiempo la población vivió la política en clave dramática; ahora tiende a descubrir su potencial cómico, cuando ésta se practica sin una mínima credibilidad y autenticidad. Si la voluntad de denuncia y de esclarecimiento sobre el financiamiento, la organización y las actividades de los escuadrones de la muerte fuese realmente sincera, debiera haberse apoyado la investigación de la Comisión de la verdad. Pero en su momento, el propio Joaquín Villalobos fue de los primeros en desestimar el informe de dicha Comisión y en boicotear la aplicación de sus resoluciones. En el informe, él mismo resultaba señalado por la ejecución sumaria de alcaldes y se recomendaba su inhabilitación temporal para ocupar cargos públicos. ¿Cómo exigir que se profundicen las *investigaciones* y se apliquen totalmente las *recomendaciones*, si se negocia no hacer efectiva una de ellas? La consecuencia fue que se abrió una amplia brecha a la impunidad de los diferentes responsables de graves hechos de violación de los derechos humanos y resultó fatalmente bloqueado el camino hacia investigaciones más exhaustivas.

Ahora bien, venciendo las importantes diferencias que separan a la dirigencia del FMLN, su coordinador general, Shafick Handal, expresó su solidaridad con el compañero preso. Un noble gesto, sin duda. Lamentablemente, esa solidaridad llega con demasiado retraso. El momento adecuado que tuvo

la dirigencia colectiva del FMLN para mostrar su solidaridad ocurrió cuando se dio a conocer el informe de la Comisión de la verdad. En él, toda la comandancia rebelde resultaba con responsabilidad intelectual por haber dado la orden de proceder contra los alcaldes, aunque sólo se recomendaba inhabilitar a cinco dirigentes de la Expresión Renovadora del Pueblo, dado que el número mayor de casos registrados había ocurrido en las zonas bajo su control. Si la cúpula del Frente hubiera decidido, solidariamente, asumir en conjunto la recomendación de inhabilitarse, ello habría evitado fisuras y recelos innecesarios dentro del FMLN. Con ello, hubiera podido pasar a la ofensiva, desde su propio sobrecumplimiento, a fin de presionar a la parte gubernamental para que ésta también cumpliera cabalmente con todas las otras recomendaciones. Al parecer, la dirigencia juzgó más importante asegurarse un puesto como diputado —que otro compañero o compañera hubiera podido perfectamente ocupar— o la posibilidad de hacerse con la vara de la alcaldía capitalina. Lástima.

FMLN y gobierno, las partes firmantes de los acuerdos —que incluyeron la creación de la Comisión de la verdad—, fueron las primeras en poner piedras en el camino para averiguar lo sucedido en doce años de masacres y terrorismo en El Salvador. Al parecer, sólo el pueblo ha estado verdaderamente interesado en conocer la verdad. Si los mal llamados "protagonistas de la paz" se hubiesen comportado de una manera diferente, tal vez se hubiera podido determinar quiénes componían el misterioso "Grupo de Miami", reiteradamente mencionado en los documentos desclasificados por el gobierno estadounidense, como ente organizador, financiador y responsable intelectual de redes de escuadrones de la muerte en nuestro país. Informes de la sede diplomática de Estados Unidos en San Salvador o de la CIA y de otras agencias de inteligencia, seguramente no representan de por sí "prueba jurídica", pero constituyen base más que suficiente para haber entendido una investigación seria, la que aún falta y no está proyectada.

Por ello, el principio jurídico de presunción de inocencia resulta muy relativizado, cuando se trata de alguien cuyo nombre aparece señalado en dichos documentos. En vez de considerarse "ofendi-

do" y "dañado en su honor" por ciertas declaraciones, sin duda exabruptas y precipitadas, bien haría tal persona, si de lavar su nombre se trata, en presentar de manera espontánea las pruebas, si las tiene, que pudiesen demostrar su inocencia. Usar el arma jurídica para acusar de difamación, puede silenciar, pero no puede borrar dudas razonables entre quienes han leído los documentos mencionados o las notas periodísticas al respecto. Ni siquiera las borraría una hipotética resolución condenatoria en el juicio por difamación, pues, al menos teóricamente, se puede dar la difamación —al acusar a alguien sin tener las pruebas— sin que necesariamente ello suponga que se ha mentado. Se puede decir la verdad y, al mismo tiempo, desde el punto de vista jurídico, incurrir en el delito de difamación. De ahí lo superficial que resulta, en el fondo, el actual pulso judicial, pues el juicio, probablemente, ni podrá demostrar que uno haya mentado, ni dejar claramente establecida la inocencia del otro. El caso se reduce entonces a un espectáculo más en el juego de la política.

Llama la atención que el recurso a la figura jurídica de la difamación haya sido adoptado, repentinamente y con todo entusiasmo, por la ultraderecha. Esta enarbola también la bandera de la "denuncia" de los casos de corrupción y amenaza con nuevas "revelaciones". Resulta extraño ese intento de instrumentalizar los recursos jurídicos del Estado de derecho, viniendo de gentes que, como Kirio Waldo Salgado, se habían caracterizado en el pasado por su propaganda a favor del golpe de Estado. Este abogado, que ahora se presenta como un encendido defensor de la legalidad y de la situación de paz y democracia, hace dos o tres años todavía nos deleitaba, en su columna habitual en *El Diario de Hoy*, con sus igualmente encendidos llamados a conjurar "la afrenta a la nación" que, según él, suponían los acuerdos de paz. No sólo eso, sino que denunciaba al gobierno por una supuesta "traición" al suscribirlos y proclamaba "hay que estar dispuesto a inmolarsé" para impedir su concreción. Ahora, en cambio, don Kirio dice estar dispuesto a "irse a la clandestinidad", con tal de



seguir denunciando anomalías y malos manejos.

Pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones. Don Kirio no se "inmoló" en aquel momento y es muy dudoso que ahora se vaya a "la clandestinidad". Sin embargo, el flamante fundador del nuevo Partido Liberal Democrático es una deliciosa nota folklórica en nuestro nunca aburrido paisaje político. Resulta admirable su perseverancia desestabilizadora, aunque su tenacidad fuera digna de mejor causa. Algunos pronosticaban que podía, quizá, desestabilizar al partido en el gobierno. Falsas expectativas. ARENA tiene contradicciones en su interior, pero trata de administrarlas, como demostró eligiendo a un nuevo Comité Ejecutivo Nacional (COENA), con participación de representantes de diversas corrientes. Se equivocaron quienes predijeron que la ultraderecha podía dividir a ARENA. Ha sido justamente lo contrario: ARENA ha dividido a la ultraderecha, manteniendo una parte en su seno. Tal vez esto pueda representar un futuro costo político, pero ha preferido soportar un intenso debate interno, que tener que enfrentarse a una ultraderecha fuerte, organizada fuera de la estructura partidaria. De esa forma, ARENA podría estar en camino para convertirse en el "partido de tendencias" que el FMLN quiso ser y no pudo. Es otra cosa curiosa de nuestra particular farándula política nacional.

Se cuenta que a un emperador romano, para

mantener tranquilo al pueblo —“plebe”, le llamaban entonces, hoy le llaman “opinión pública”—, se le ocurrió la mágica fórmula de *pan y circo*. Pues bien, por nuestro lares, dado lo pequeño, hueco y caro que el pan se ha vuelto, el poder se ha inclinado por una variante: *circo y más circo*. En efecto, el llamado escenario político, en versión nativa, tiene de todo, como cualquier espectáculo circense que se precie, incluidas varias pistas simultáneas. Uno puede observar evolucionar en ellas a algunos animales salvajes, así como a los presuntos domadores de fieras. Hay también especies domesticadas, amaestradas para levantar una extremidad al sonar la campanilla de votaciones. Están los equilibristas, prestidigitadores, magos y malabaristas. No podían faltar, desde luego, los inolvidables payasos, muchos payasos. Entre quie-

nes mantienen más entretenido al personal está, sin duda, el cómico apodado “Cachetón”, uno de cuyos últimos chistes fue decir que en El Salvador apenas hay problemas de narcotráfico y lavado de dólares. La ocurrencia ha sido muy celebrada a nivel nacional, aunque en ninguna parte como en San Miguel, donde la mágica afluencia de capitales invertidos en bienes raíces ha hecho que ya se pague a cinco mil colones la vara cuadrada. En fin, también eso es parte del espectáculo, así como la esporádica captura y pronta liberación judicial de algún que otro sospechoso de narcotráfico, contrabando, secuestro, robo de carros, asalto bancario o lavado de dólares. No hay chance para aburrirse en el circo nacional. ¡Que siga la función!

R. R.

